

# LA MODA MASCULINA DURANTE EL SIGLO XIX



La indumentaria masculina durante el siglo XIX tiende a simplificarse y, aunque presenta influencias de prendas del siglo XVIII, se olvida por completo el colorido y los excesos decorativos de periodos anteriores. Los hombres tienen, en el siglo XIX un ropero sencillo y austero, siendo el negro el color predilecto, junto con tonalidades oscuras o pardas. Un hecho significativo de este periodo fue el abandono del uso del calzón a favor del **pantalón**, con diferentes estrechos a lo largo de la centuria. Fue uno de los símbolos de democratización en la moda, ya que todas las clases sociales usarían pantalones a finales del siglo XIX.

A principios del siglo se establece un código básico que girará en torno al uso del **chaqué** y del **frac** para diferentes actos sociales. El traje de hombre será casi estático si lo comparamos con la evolución del traje femenino en el siglo XIX, ya que apenas sufre cambios o novedades. Sin embargo, el patronaje, corte y confección de trajes masculinos llegaría a ser un verdadero arte. Los sastres seguían las tendencias de París y Londres gracias a revistas como *Petit Courrier des Dames* y *Journal des Tailleurs*, y estudiaban, compraban tejidos y realizaban trajes a medida con gran perfección, tan exquisitos como los representados en los retratos de este Museo.

El traje masculino mostraba el rol y estatus social del caballero. La aristocracia y la burguesía siguieron un protocolo similar, aunque se observan diferencias en complementos masculinos como las bandas de órdenes civiles, las condecoraciones y la joyería, entre la que se incluyen desde alfileres de corbata, leontinas (cadena para el reloj de bolsillo) hasta botones. Otra diferencia añadida es el uso de tejidos, ya que los caballeros más adinerados utilizaron los de mejor calidad. La lana y el algodón eran los predilectos para los trajes, dejando el tafetán o raso para los chalecos, prenda donde se permitía un toque de fantasía con estampados diversos, como muestra el retrato de Bretón de los Herreros de la Sala XVII (Gabinete de Larra).

En las escaleras de acceso a la Exposición Permanente se expone el retrato de Basilio de Chávarri, representante de la burguesía emergente de mediados del siglo XIX. Su indumentaria indica que está a punto de salir de su palacete: luce un frac, prenda utilizada para actos nocturnos, aunque también era habitual para actos sociales diurnos. Consta de dos partes fundamentales: la chaqueta entallada hasta la cintura, dejándola normalmente abierta por la parte delantera, recordando por su hechura a las casacas del siglo XVIII. Por detrás lleva dos faldones que llegan hasta la rodilla, y el pantalón ya mencionado. Se completa con chaleco, camisa y corbatín, complemento que se diferencia de la corbata en que da una única vuelta al cuello, y se cierra mediante una sola lazada. El nudo del corbatín y la corbata recibía nombres tan curiosos como "sentimental", "a lo caracol", o "a lo Byron", ajustándose por detrás con broche. Actualmente el frac es uno de los trajes de ceremonia más habitual, combinado con pajarita. El chaqué, a diferencia del frac, lleva pantalón gris de raya diplomática y corbata.



Ángel M<sup>a</sup> Cortellini  
Basilio de Chávarri  
1861  
Escalera

Como prenda de abrigo en el siglo XIX predomina el uso del **gabán**, similar a un chaquetón con diferentes tipos de largos y tejidos dependiendo de la estación del año, y que derivará en el abrigo utilizado en el siglo XX. Eran anchos, aunque podían ajustarse según el gusto del caballero, y podían tener cuello, solapas, o ser más sencillos. La capa se utilizaba para actos solemnes compitiendo con el uso del gabán.

La moda infantil era muy similar a la moda de adulto, como podemos ver en los retratos infantiles conservados en el Museo. Alfredito Romea viste con camisa de color blanco, cuello alto, puños cerrados y más holgados en la zona de las mangas. La **camisa** se irá transformando y cambiando su patronaje para que tuviera las sisas más anchas y el talle más largo, buscando mayor comodidad. El pantalón que luce Alfredito Romea (sala XIV: Juego de niños) está sujeto al zapato mediante ligas, tendencia en auge en la primera mitad del siglo XIX. Más tarde los pantalones se llevaban sueltos, dejando el tacón del zapato al descubierto.

Escritores como Galdós y Mesonero Romanos relatan la historia de la moda de forma directa, y aportan datos tan interesantes como el nombre y ubicación del sastre favorito de Mariano José de Larra: Juan Utrilla, cuyo taller estaba en el número 16 de la Carrera de los Jerónimos de Madrid.



Antonio M<sup>a</sup> Esquivel  
Alfredito Romea y Díaz  
1845  
Sala XIV: Juego de niños



Luis Ferrant  
Fernando Ferrant Llausás  
1848  
Sala XX: Gabinete

Por último, señalaremos la figura del **dandi**, como eje fundamental en la moda durante el siglo XIX. Hombres extravagantes y singulares, preocupados por su estética, que tomaron su indumentaria como rasgo diferenciador. Cuidaban su peinado, barba y bigote con extrema minuciosidad, se perfumaban y cuidaban al detalle de sus complementos. Como cita Baudelaire, "hay que se sublimar sin interrupción, el dandi debe de vivir y morir ante el espejo". Los dandis recibieron en España nombres más o menos jocosos, como currutacos, petimetres, lechuguinos o, simplemente, elegantes.

Luis Ferrant Llausás luce en su retrato (sala XX: Gabinete) **sombrero de copa**, complemento masculino imprescindible, que durante el siglo XIX adquirió diferentes medidas, algunas exageradas. Al igual que las señoras, los guantes eran necesarios para salir de casa, junto con el gabán y el bastón. La **levita** fue otra de las prendas claves del dandi: una chaqueta con faldones largos que se podía cruzar por la parte delantera y que derivará en lo que conocemos como chaqueta o americana.

